HERALDO DE ALCOY

NÚM. 502 | Alcoy, 30 de Marzo de 1899 | AÑO IV

JUEVES SANTO



ENTRADA ¡DE JESÚS EN JERUSALÉN

Jesús, el Verbo hecho carne, entra en Jerusalén. Es el nuevo Mesías, el Mesías verdadero anunciado por los profetas, es el hombre que viene á predicar la igualdad y la fraternidad universales.

Ramas de olivo, signo de paz y de ventura, se agitan en el aire, mantos y vestiduras se extienden como alfombra para que los pise el borriquillo que cede al paso del hijo de Dios hecho hombre; las mujeres le contemplan y los niños le adivinan con la clarividencia de sus pocos años; el día es espléndido; las palmas se cimbrean y los exaltados posan su rostro en tierra, mientras otros se encaraman en lo alto para ver al hijo de María; todo sonríe, todo es triunfal y solemne, aun dentro de su sencillez, el Domingo de Ramos es la nota agradable de la terrible tragedia que termina en el Gólgota y se glorifica en el cielo.

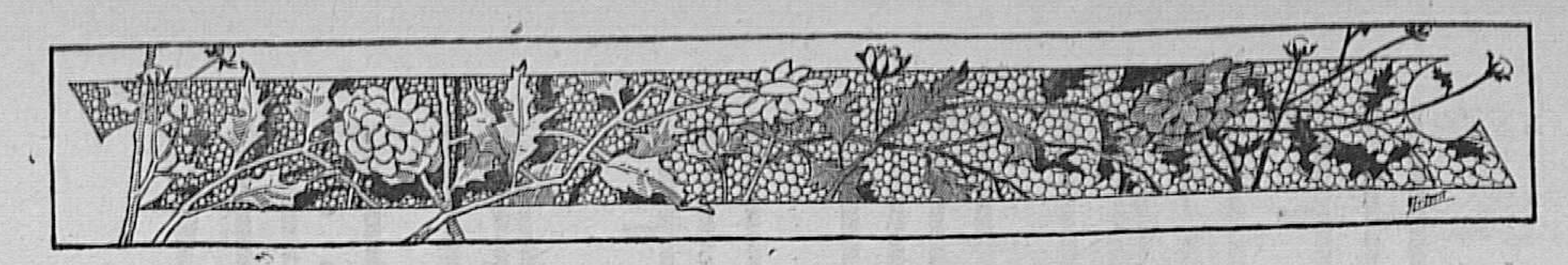
Aquellas flores llevan espinas que han de hacer brotar la sangre bendita de la frente del Redentor; aquellas palmas de triunfo han de tornarse en las del martirio; aquellas vestiduras que sirven de alfombra al innovador, parecen indicar que alguien ha de desgarrar más tarde las que viste el Mártir excelso, y aquella curiosidad por verle y aquel afán por aclamarle, concluirán por convertirse en la befa que, allá en lo alto del Calvario, ha de tener lugar y en la unánime exclamación de un pueblo que pide á gritos, con vociferaciones de multitud frenética: «¡La vida de Barrabás!» á cambio de la vida de Cristo.

Jesús, como todos los grandes innovadores, tenía que sucumbir. El racionalista más impío no puede hoy por menos de reconocer los hechos fehacientes, según los cuales Cristo fué el propagandista que sella con su sangre sus ideas. Mártir el más grande que vieron los siglos, entra en Jerusalén aclamado y bendecido para después ser sacrificado.

No es la voz del pueblo la voz de Dios; aquella multitud que le recibe entusiasta, le llevará á la cruz, exigente y cruel.

Al día espléndido sustituirá el nublado cielo; el pueblo deicida cumplirá su sino, al genio sagrado tratarán de anularle, pero ¡neci os sólo lograréis ensangrentar su frente y paralizar su corazón.

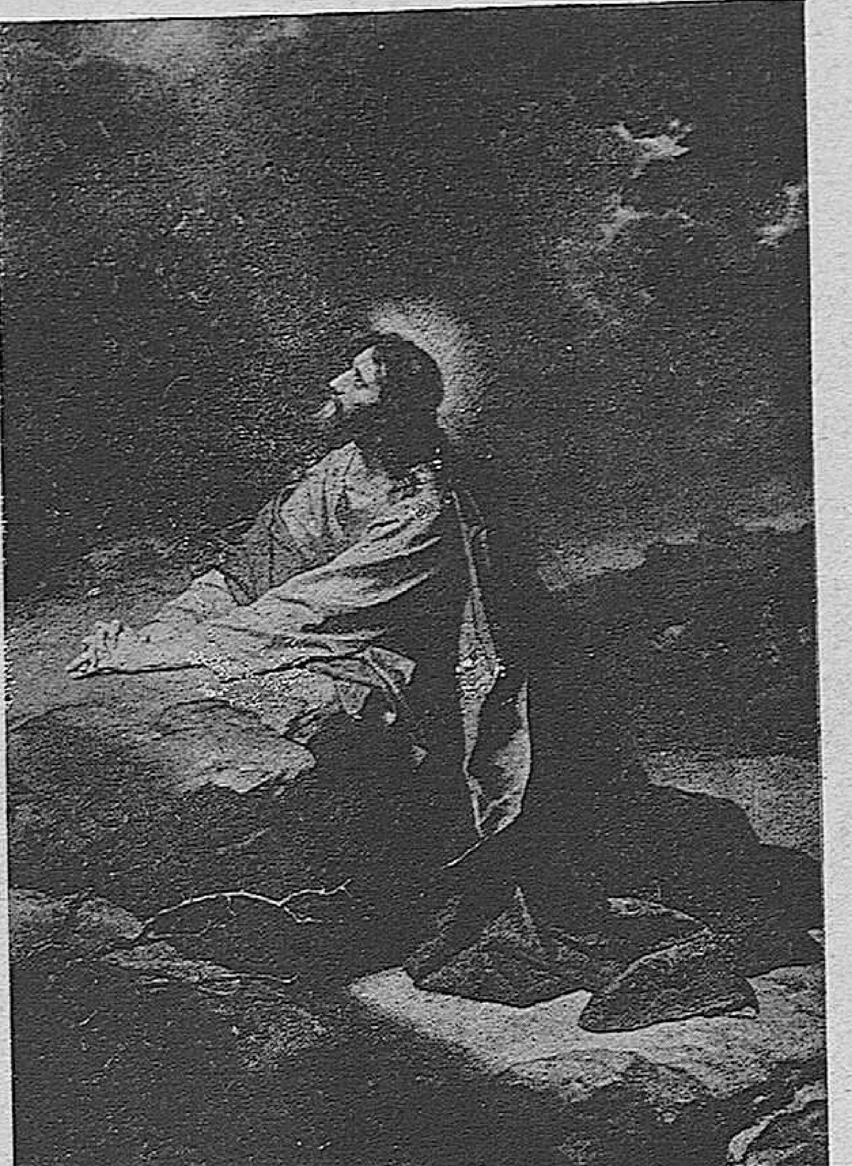
Su espíritu, remontado á los cielos, será siempre eterno.



LA PASION DE JESUCRISTO

El día de sus excesivos dolores, qué lengua no hay que los pueda explicar, ¿llamáis día de alegría de él? Y no alegría fingida y de fuera, mas dícese, en el día de la alegría del corazón de él. ¡Oh, alegría de los ángeles, y río del deleite de ellos, en cuya faz ellos se desean mirar, y de cuyas sobrepujantes ondas ellos son embestidos, viéndose dentro de tí, nadando en tu dulcedumbre tan sobrada. ¿Y de qué se alegra tu corazón en el día de tus trabajos?

¿De qué te alegras entre los azotes, clavos, deshonra y muerte? ¿Por ventura no te lastiman? Lastímante, cierto, y más á tí, que á otro ninguno, pues tu complexión era más delicada.



LA ORACIÓN DEL HUERTO

Mas porque te lastiman más nuestras lástimas, quieres tú sufrir de muy buena gana las tuyas, porque con aquellos dolores quitabas los nuestros.

Tú eres el que dijiste á tus amados Apóstoles, antes de la Pasión: *Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros antes que padezca*. Y tú eres el que antes dijiste: *Fuego vine á traer á la tierra ¿qué quiero sino que se encienda?*

Con Bautismo tengo de ser bautizado ¿cómo vivo en estrechura hasta que se ponga en efecto? El fuego de amor de tí. que en nosotros quieres que arda hasta encendernos y transformarnos, abrasarnos y quemarnos lo que somos en tí, tú lo soplas con las mercedes que en tu vida nos hiciste y lo haces arder por la muerte que por nosotros pasaste.

¿Y quién hubiera que te amara si tú no murieras de amor por dar vida á los que por no amarte están muertos?

¿Quién será leño tan húmedo y frío que viéndote á tí árbol verde, del cual quien come vive, ser encendido en la cruz y abrasado con fuego de tormentos que te daban y del amor con que tú padecías, no se encienda en amarte aun hasta la muerte?

¿Quién será tan porfiado que se defienda de tu porfiada requesta en que tras nos anduviste desde que naciste del vientre de la Virgen, y te tomó en sus brazos, y te reclinó en el pesebre, hasta que las mismas manos y brazos te tomaron cuando te quitaron muerto de la cruz y fuiste encerrado en el Santo Sepulcro, como en otro vientre?

Abrasástete, porque no quedásemos fríos. Lloraste, porque riéramos. Padeciste, porque descansásemos; y fuiste bautizado con el derramamiento de tu sangre, porque nosotros fuésemos lavados de nuestras maldades; y dices, Señor: *¿Cómo vivo en estrechura hasta que este bautismo se acabe?* Dando á entender cuán encendido deseo tenías de nuestro remedio, aunque sabías que te había de costar la vida. Y como el esposo desea el día de su desposorio para gozarse, tú deseas el día de tu Pasión para sacarnos con tus penas de nuestros trabajos.

Una hora, Señor, se te hacía mil años, por haber de morir por nosotros. Y pues lo que se desea trae gozo cuando es cumplido, no es maravilla que se llame día de tu alegría, el día de tu Pasión, pues era deseado por tí; y aunque el dolor de aquel día fué muy excesivo, de manera que en tu persona se diga: *¡Oh, vosotros todos los que pasáis por el camino, entended y ved si hay dolor que se iguale con el mío!*

De manera que más amaste que sufriste y más pudo tu amor que el desamor de los sayones que te atormentaban; y por esto quedó vencedor tu amor y como llama viva no pudiéronla apagar los ríos grandes. Por lo cual, aunque los tormentos te daban tristeza y dolor, muy de verdad, tu amor se holgaba del bien que de allí nos venía.

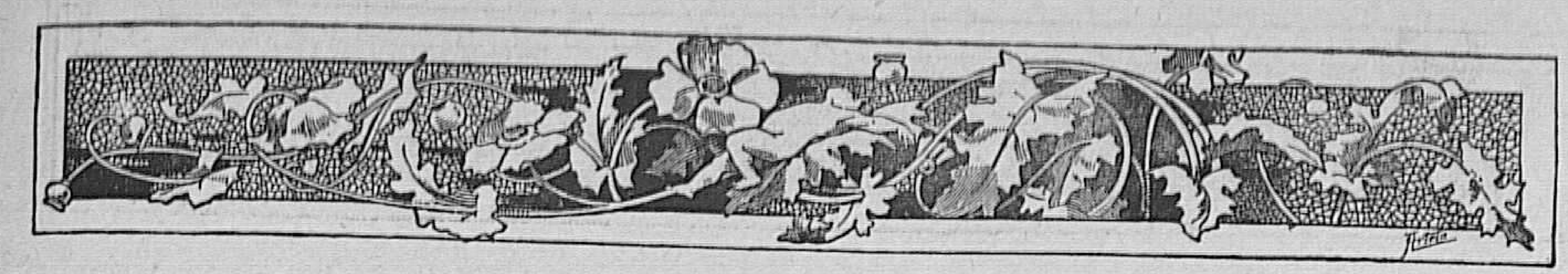
Pues en este día salí, hijas de Sión (que son las ánimas que atalayan á Dios por fe) á ver al Rey que con sus dolores va á hacer la paz deseada. Y entre todos sus atavíos de desposorio que lleva, mirad á la guirnalda de espinas. Y si alguno dijere, nuevos atavíos de desposorio son estos: por guirnalda, lastimera corona; por atavíos de pies y manos, clavos agudos que se los traspasan y rompen; azotes por cinta; los cabellos pegados y enrubiados con su propia sangre; la sagrada barba arrancada, y la cama blanda que á los desposados suelen dar, con muchos olores, tórnase en áspera cruz, puesta en lugar donde justiciaban los malhechores...

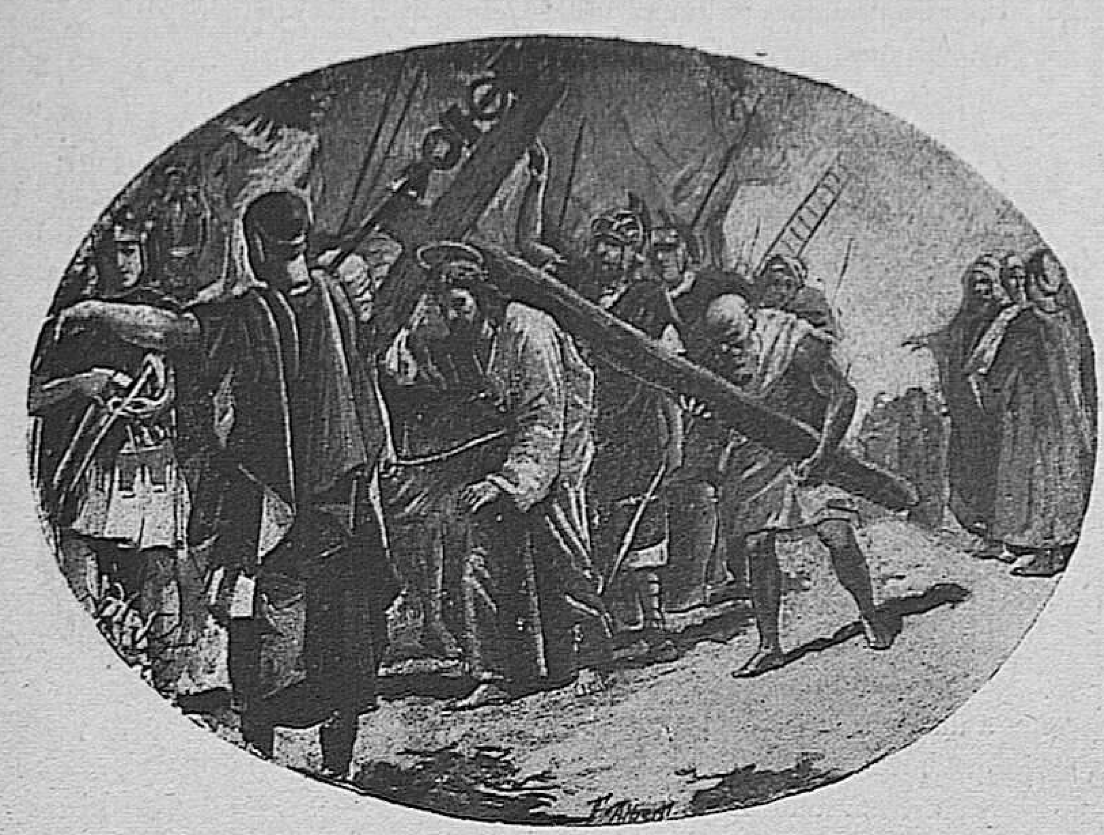
No hay cosa más lejos de desposorio que todo lo que aquí parece. Mas no es de maravillar tanta novedad, pues el desposado y el modo de desposar todo es nuevo. Cristo es hombre nuevo, porque es sin pecado y porque es Dios y Hombre, y despósase con nosotros, feos, pobres y llenos de males, no para dejarnos en ellos, mas para matar nuestros males y darnos sus bienes. Y por esta obra tan excelente y de tanto amor en aquel día obrada, llama Cristo á este día *su día*, cuando dice en el Evangelio: *Abraham, nuestro padre, se gozó para ver mi día y viólo y gozóse*. Mas, ¿por qué se gozó? ¿Por ventura de los azotes, ó tristezas, ó tormentos de Cristo? Cierto es haber sido la tristeza de Cristo tanta que bastaba para hacer entristecer de compasión á cualquiera por mucha alegría que tuviese.

Pues sus azotes, tormentos, clavos y cruz fueron tan lastimeros que por duro que uno fuera, y los viera, se moviera á compasión; y aun no sé si los mismos que le atormentaban, viendo su mansedumbre en el sufrir y la crueldad de ellos en el herir, algún rato se compadecían de quien tanto padecía por ellos, aunque ellos no lo sabían.

Maestro JUAN DE AVILA

(APÓSTOL DE ANDALUCÍA)





CAMINO DEL CALVARIO

DIAS FELICES

Como nadie en el mundo somos iguales,
y hay en cuestión de gustos variedad tanta.
mientras á otros les gustan los Carnavales
á mí me gusta mucho Semana Santa.

Alguien habrá que exclame:—¡Qué tontería!...
pensando que lo digo con fingimiento
y que es mucha y muy grande mi hipocresía,
mas no es así; lo digo como lo siento.

Hay quien con ese ruído y esa algazara
de fiestas y de orgías disfruta tanto,
y en cambio, yo disfruto, ¡cosa bien rara!
con la quietud de Jueves y Viernes Santo.

Y aunque voy á la iglesia, como es muy justo
que vaya en estos días todo creyente,
yo la Semana Santa paso, con gusto,
no por ir á la Iglesia precisamente.

Sino porque son días en los que el alma
olvidando del mundo las corrupciones,
parece que se entrega con dulce calma
tan sólo á las sublimes meditaciones.

Los placeres se borran en absoluto;
ahuyéntanse los ecos de la alegría,
los vivos colorines tórnanse en luto
y reina la profunda melancolía.

En tanto sin rencores ni antagonismo,
dando ricos y pobres moral ejemplo,
á cumplir los preceptos del cristianismo
en completa armonía marchan al templo.

Como si dando al traste con las pasiones,
la humanidad dijese con honda pena:
—Estoy arrepentida de mis acciones...
¡Perdóname, Dios mío, que ya soy buena.!...

Deusdedit

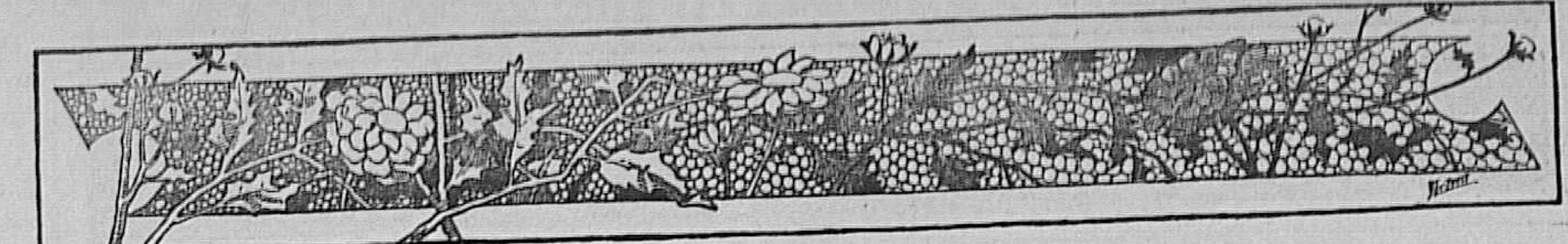
ANGUSTIAS

Al mirar en el madero
perder tu hijo la vida,
sintió tu pecho la herida
que produce puñal fiero.
Mas, te traspasó otro acero,
sufrió otra angustia tu amor;
pues para mayor dolor,
hecho el corazón pedazos,
recibiste entre tus brazos
el cuerpo del Salvador.

POESÍA MÍSTICA
(Siglo XVI.)



EL DESCENDIMIENTO



EL DOLOR DE LA VIRGEN

Vedla; en su hermosísimo rostro aparecen las señales del más profundo dolor; sus ojos se ven empañados por divinas lágrimas y en su horrible desconsuelo recorre la calle de la Amargura buscando al Hijo de sus entrañas; al que ha de redimir á los humanos con sus sufrimientos; al que enjendró la Divina Voluntad y al que morirá para salvar al hombre del pecado; al Hijo de Dios; al Soberano de los soberanos, en suma.

Su corazón de mujer alienta siempre una esperanza; su corazón de madre no se detiene en obstáculos y con voluntad inquebrantable sigue el camino del Calvario en busca del Salvador del mundo.

Considerad, madres cristianas, el dolor de la Vigen María; pensad en sus horribles sufrimientos á nada comparables y en ellos hallaréis consuelo á vuestros dolores; imaginad un momento las torturas de su alma inmaculada y admiradla en su augusto sufrimiento.

Un tribunal injusto, condena á Jesús y el que ha de ser Redentor de la humanidad se dispone á morir en humillante cruz, dando ejemplo de mansedumbre, teniendo un malhechor á cada lado.

Su Divina Voluntad bastaría para librarle de tan ignominiosa muerte, pero Él lo quiere así. El Hijo de Dios pagará con su vida los pecados de los hombres para redimirles, en tanto que su Augusta Madre con el rostro hermosísimo, donde se marcan las señales del más profundo dolor, recorre la calle de la Amargura empañados los ojos por divinas lágrimas.

Cristianos: admirad el dolor de la Virgen.

Escépticos: respetad el dolor de la madre.

César Pueyo.

LA CRUZ DEL REDENTOR

Allá en la elevada cumbre
donde las aves gorjean
y trepa por los arbustos
la florida madreselva;
donde se percibe tenue
el bullicio de la aldea;
donde fulguran más puros
los rayos del sol, que acecha
el momento de asomarse
á iluminar la adehuela
que entre murmullos se duerme
y entre murmullos despierta;

Allí, enclavada en un cerro,
majestuosa se eleva
una cruz, que muchas veces
he rezado al pie de ella.
En piedra está cincelada,
su basamento es de piedra;
y aun siendo así, ¡qué consuelos
ha prodigado á mis penas!

Yo he llorado, ¡á qué negarlo!
yo he llorado al pie de ella
como lloran los que sufren
enfermedad de conciencia;
y al volver en mí, transido
de felicidad suprema,
la he contemplado gozoso,
la he besado... mas apenas
he vuelto sobre mis pasos
en dirección á la aldea,
he sentido que en mi pecho
renacen y se renuevan
las luchas de horrible encono
entre el alma y la materia,
y cayendo de rodillas
he aclamado su grandeza,
exclamando con deleite:
¡Oh, Jesús! ¡Bendito seas!

Arturo de Humanes.



REGINA MARTIRUM



EL MADERO DE LA CRUZ

(LEYENDA)



Junto al árido y extenso Palatino, en la vieja Roma, y escondida en estrecha callejuela, hallábase la vivienda de un antiguo soldado de Calígula, conocido con el nombre de Celio.

La viudez había entristecido la humilde mansión y el alma ruda del veterano.

Sin embargo, una muchacha, en la plenitud de su hermosura alegraba con el brillo de sus encantos los días nostálgicos y sombríos de su padre Celio.

Aquélla, que Dios le había dado por hija de su sangre, estaba educada por su madre en la fe Cristiana.

Celio tenía como único y leal amigo á Esquiles. Nacidos ambos en Roma, fueron incorporados á la vez en igual Centuria, luchando los dos en las Galias como valientes legionarios de Tiberio.

Guerrearon juntos, sufrieron idénticas penalidades, participaron de los mismos triunfos, y, una vez pasada la agitación de aquellos días, los dos camaradas no se separaron más, como si fueran hermanos.

Lepidus, hijo de Esquiles, habíase quedado también sin las caricias y los consuelos de una buena madre.

Unidos Lepidus y la hija de Celio por afecto fraternal, este cariño aumentó insensiblemente, de tal manera, que los dos se amaron con tanta timidez y castidad, que sólo ellos parecían ignorar los puros sentimientos de sus almas generosas.

***

Una de esas noches en que los dos antiguos soldados se reunían á cenar en casa de Celio, díjole éste á Esquiles:

—Grande es mi complacencia al veros á todos reunidos en este rincón, más sombrío que nunca, sólo comparable á esas lóbregas catacumbas que tenemos bajo nuestros pies, y donde tantos cristianos perecen víctimas de inícua persecución.

No hubo concluído de hablar, cuando un rumor próximo que se oía en la calle hízoles á todos prestar atención.

La gritería de la chusma iba en aumento, oyéndose indistintamente ¡que mueran! ¡que no haya perdón!

La muchedumbre, compuesta de hombres desarrapados y mujeres como fieras, llegaba al paroxismo de su furor, cuando acertaron á pasar frente á la casa de Celio. A través de las ventanas veíase á la revuelta multitud de donde aquellos gritos feroces partían.

—No es nada—dijo Esquiles.—Unos cuantos infelices partidarios del Nazareno que habrán sido sido sorprendidos en su culto y son conducidos á prisión por los germanos del César, y esa muchedumbre pide para ellos enérgico castigo.



CONSUMATUN EST (J. M. Contreras).

—¡Pobres gentes!—dijo la hermosa Silvia mirando con emoción el rostro de su padre.—¿Y qué mal hacen en adorar al Nazareno?

La frente del viejo soldado Celio cubrióse de hondos surcos y con la mirada fija en el suelo parecía abismado en nebulosas reflexiones.

—¿Puede saberse á qué obedece esa tristeza, mi buen amigo?—preguntó Esquiles.—Al pronunciar el nombre del Nazareno te he visto cambiar de aspecto y quedarte sumido en abstracción profunda...

¿Acaso tuviste relación con el Crucificado?

—¡Y tanto!—contestó Celio.

—¿Por ventura conociste al Nazareno? ¿Fué tu amigo, tu huésped, te ha salvado de algún peligro, habéis combatido al mismo enemigo? Habla, Celio.

—Hablaré—dijo el viejo Celio—y oiréis de mis labios un suceso extraño de mi vida que no he revelado á nadie hasta hoy.

¿Recuerdas, Esquiles, que cuando fuí nombrado ayudante del Centurión, recibí la orden de unirme en Judea, á la legión á que me habían incorporado?

—Lo recuerdo perfectamente—añadió Esquiles. Hará de esto... treinta años.

—Exacto. Pues bien; llegué á Judea en la época en que el Nazareno iba por pueblos y ciudades dirigiendo su elocuente y persuasiva palabra á una muchedumbre dócil y convencida que le seguía con el mayor entusiasmo. Hablaba de un Dios nuevo, de un Dios justo y misericordioso de quien él se decía ser hijo y enviado.

—¿Le oiste tu hablar alguna vez, padre mío?—preguntó con ansiedad Silvia.

—¡Jamás!—contestó Celio.

—¡Oh! qué gozo hubiera sido para mí tan grande haberle oído!—añadió la joven.

—Antes de ir á Judea—prosiguió hablando Celio—era el Nazareno objeto de la execración de sacerdotes y dignatarios de su país, hasta el punto de que nosotros preveíamos la suerte que aquellos le reservaban.



EL ANGEL DEL DOLOR

El proceso no tardó mucho y los implacables jueces condenáronle á morir sobre una cruz; ¡sacrificio humillante reservado tan sólo á esclavos y ladrones!

Cuando fué conducido al lugar de la ejecución, en los altos del Gólgota, iba yo formando parte de los que escoltaban el lúgubre cortejo. ¡Qué de torturas pasó antes de llegar!

Fué horrendo; nadie jamás ha podido ver cosa semejante.

Obligado por mi carrera militar á contener aquella estúpida y cruel muchedumbre, compuesta de esclavos, paganos y extranjeros, presencié los últimos momentos del Nazareno.

El Centurión que nos mandaba, hombre enérgico y de modales algo groseros, pero con un buen corazón, á medida que sus turbios y torcidos ojos adivinaban más bien que veían los espantosos detalles de la ejecución de aquel hombre extraordinario, notaba yo que hacía movimientos extraños sobre su caballo y volvía su rostro para no presenciar tan terrible espectáculo.

De repente, y como si recibiese una inspiración súbita, empuñó briosamente su lanza y acercándose al suspendido cuerpo del Nazareno clavó en su costado el acero. No bien retiró la lanza, brotó de la herida gran cantidad de sangre y agua que, bañando su rostro, le hizo recobrar totalmente la vista, y apeándose entonces del caballo, púsose de rodillas y pidió perdón á Aquél que tales prodigios obraba en el momento mismo de morir.

Yo también extremecido, aterrado y subyugado por una grandeza que no comprendía, pero que se palpaba en aquel lugar de increibles horrores, caí de rodillas y quedé con los ojos clavados en el Nazareno.

Mi cabeza se desvanecía, mis manos abrasaban, mis venas, mis nervios, y todos mis miembros se agitaban en una convulsión dolorosa: no oía nada, ni veía más que la figura de Cristo elevado sobre la Cruz. Su boca y sus ojos entreabiertos; sus cabellos y su barba caídos sobre un hombro; su cuerpo retorciéndose suspendido de los clavos que le desgarraban las manos y los pies: su pecho dejando ver una cavidad sanguinolenta y profunda, la sangre corriendo por sus brazos...

Horrible, amigos míos, horrible!

Y al decir esto, Celio se extremecía de nuevo como si volviese á contemplar aquella aterradora escena...

Los que le veían apenas respiraban de emoción... Silvia sofocaba á duras penas sus sollozos...

Celio continuó:

—Cuando llegó la noche de aquel espantoso día, sentí vivo deseo de volver á ver al Nazareno.

Los senderos del Gólgota estaban desiertos. Espesos nubarrones entoldaban el Cielo, atravesados á intervalos por un rayo de luna.

Al pie de la Cruz varias mujeres con el rostro cubierto, lloraban amargamente. Algunos hombres se disponían á bajar el cadáver de la Cruz.

Yo le contemplé otra vez, y admiré el reposo y la tranquila dulzura de aquella cara macilenta y herida.

Desclavaron el cuerpo, y en uno de los martillazos saltó y cayó á mis pies un pedazo de la Cruz.

Me apresuré á cogerlo y ví que estaba empapado en sangre y que tenía pegados algunos rizos de la abundante cabellera del Nazareno.

Dirigí la última mirada al que acababa de pagar con su vida el crimen de ser justo, y huí ocultando entre los pliegues de mi túnica el precioso resto de la tragedia más cruel que presenciaran los tiempos. La conservo en esta caja como un tesoro, y cada vez que persiguen á los cristianos lo miro, y siento en mi corazón algo que me dice que yo también moriré con ellos algún día.

Y mostrando á todos la ennegrecida madera, vieron asombrados que de cada uno de los cabellos pegados á la sangre salía un hilo de luz. Silvia se postró llorando y adoró la reliquia.

Imitáronla los demás, y mientras allá en la calle oíanse de vez en cuando lejanos gritos de la multitud que pedía la muerte de los cristianos... en aquella casa parecía oirse un dulcísimo coro de ángeles que cantaban un himno al Santo Madero de la Cruz.

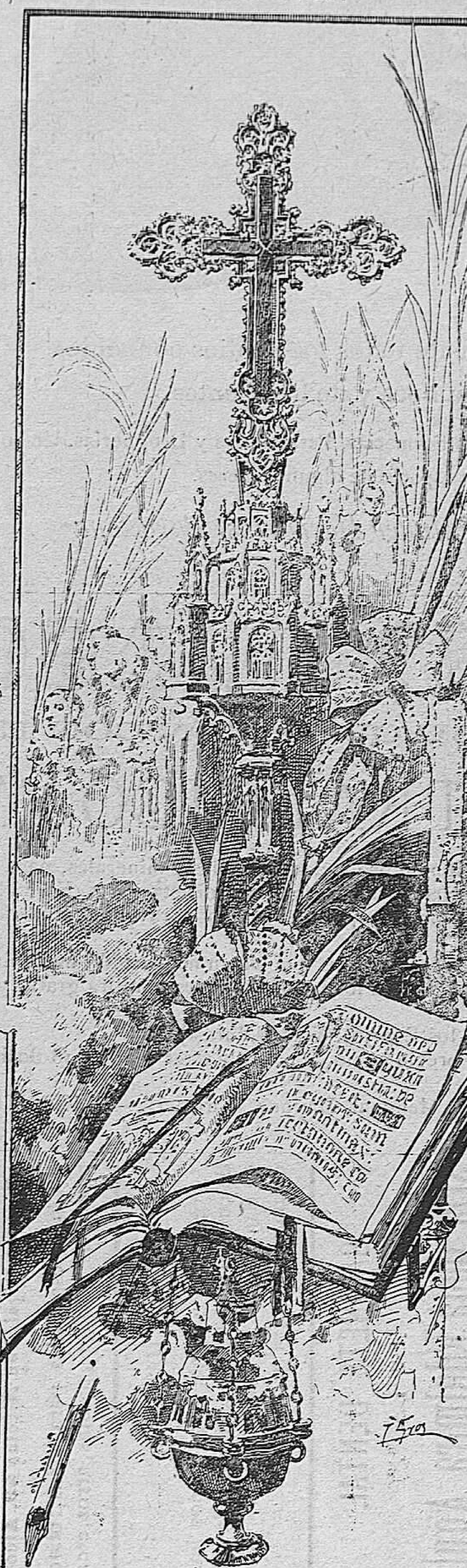
Miguel G. Cano.





A JESUCRISTO CRUCIFICADO

CANCIÓN



¡Inocente Cordero
en tu sangre bañado,
con que del mundo los pecados quitas,
del robusto madero
por los brazos colgado
abiertos, que abrazarme solicitas;
ya que humilde marchitas
la color y hermosura
de ese rostro divino,
á la muerte vecino;
antes que el alma soberana y pura
parta para salvarme
vuelve los mansos ojos á mirarme.

Ya que el amor inmenso
con último regalo
rompe de esa grandeza las cortinas,
y con dolor intenso,
arrimado á ese palo,
la cabeza rodeada con espinas
hacia la Madre inclinas,
y que la voz despides
bien de entrañas reales,
y las culpas y males
á la grandeza de tu padre pides
que sean perdonados:
acuérdate, Señor, de mis pecados.

Aquí, donde das muestras
de manirroto y largo
con las palmas abiertas con los clavos;
aquí donde redimes los esclavos,
donde por todos cabos
misericordia brotas,
y el generoso pecho
no queda satisfecho,
hasta que el cuerpo de la sangre agotas:
aquí, Redentor, quiero
venir á tu justicia yo el primero.

Aquí quiero que mires
un pecador metido
en la ciega pasión de sus errores;
que no temo te aires
en mirarte ofendido,
pues abogando estás por pecadores:
que las culpas mayores
son las que más declaran
tu noble pecho santo,
de que te precias tanto;
pues cuando las más graves se reparan,
en más tu sangre empleas,
y más con tu clemencia te recreas.

Por más que el peso grave
de mi culpa se siente
cargar sobre mi corvo y flaco cuello,
que tu yugo suave
sacudió inobediente,
quedando en nueva sujeción por ello;
por más que el suelo huello
con pasos tan cansados,
alcanzarte confío;
que pues por el bien mío
tienes los soberanos pies clavados
en un madero firme,
seguro voy que no podrás huirme.

Seguro voy, Dios mío,
de que el bien que deseo
tengo siempre de hallar en tu clemencia.
de ese corazón fío,
á que ya claro veo
por las ventanas de ese cuerpo abierto,
que está tan descubierto,
que un ladrón maniatado
que lo ha contigo á solas,
en dos palabras solas
te lo tiene robado;
y si esperamos, luego
de aquí á bien poco le acertará un ciego.

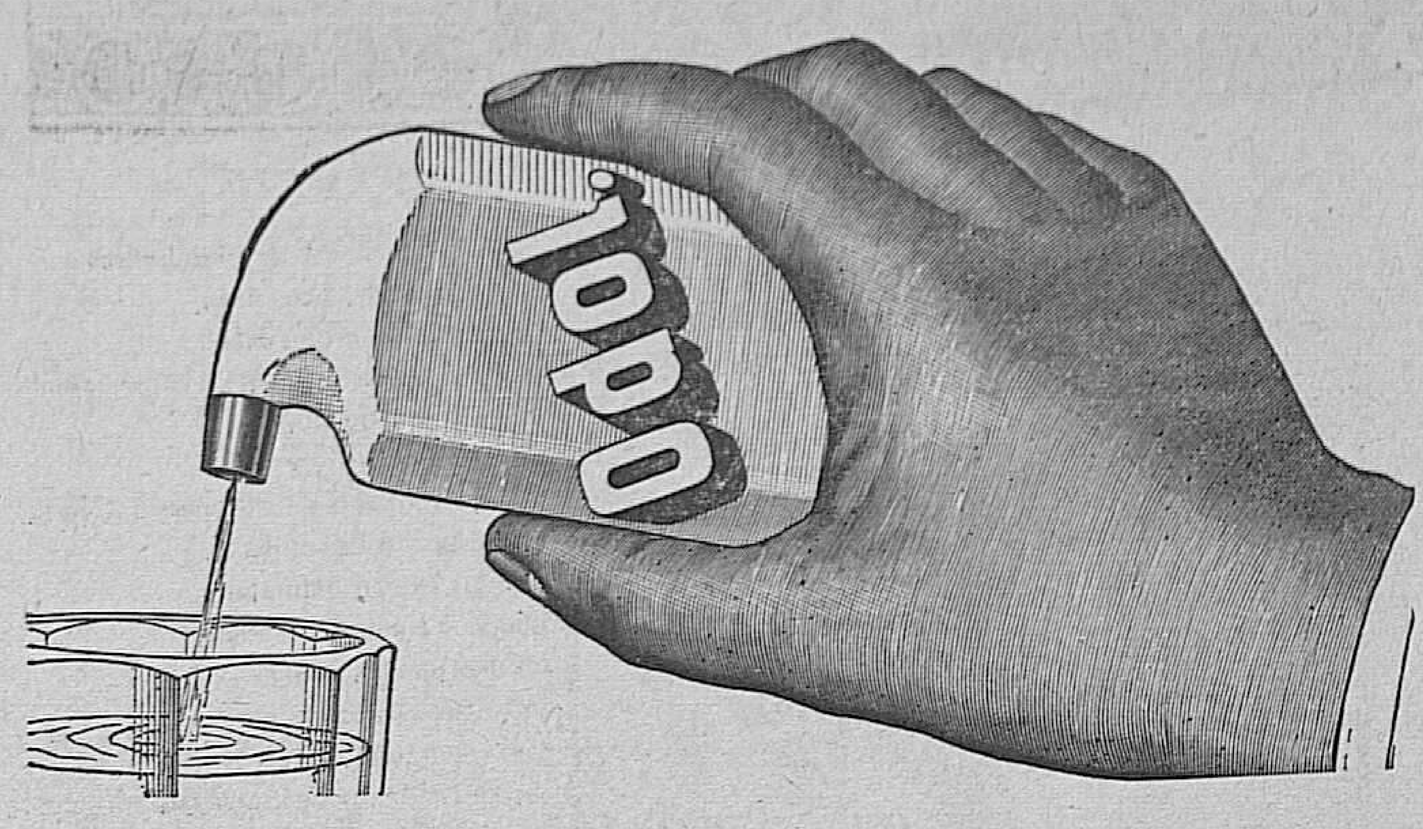
A buen tiempo he llegado;
pues es cuando tus bienes
repartes con el nuevo testamento.
Si á todos has mandado
cuantos presentes tienes
también ante tus ojos me presento.
Y cuando en un momento
á la Madre Hijo mandas,
al Discípulo Madre,
el Espíritu al Padre;
¿cómo entre tantas mandas
ser mi dasgracia puede
tanta, que yo vacío quede?

Miradme, que soy hijo,
que por mi inobediencia
juntamente podréis desheredarme.
Ya tu palabra dijo
que hallaría clemencia,
siempre que á tí volviese á presentarme.
Aquí quiero abrazarme
á los pies de esta cama
donde estás espirando,
que ɛi como demando
oyes la voz llorosa que te llama,
grande ventura espero,
pues siendo hijo quedaré heredero.

Por testimonio pido
á cuantos te están viendo,
cómo á este tiempo bajas la cabeza;
señal que has concedido
lo que te estoy pidiendo,
como siempse esperé de tu largueza.
¡Oh, admirable grandeza!
¡Caridad verdadera!
Que como sea cierto
que hasta el testador muerto,
no tiene el testamento fuerza entera,
fan generoso eres,
que, porque todo se confirme, mueres.

Canción, de aquí no paso.
Las lágrimas sucedan,
en vez de las palabras que te quedan;
que esto nos pide el lastimoso caso,
no contentos agora
cuando la Tierra, el Sol y el Cielo llora.

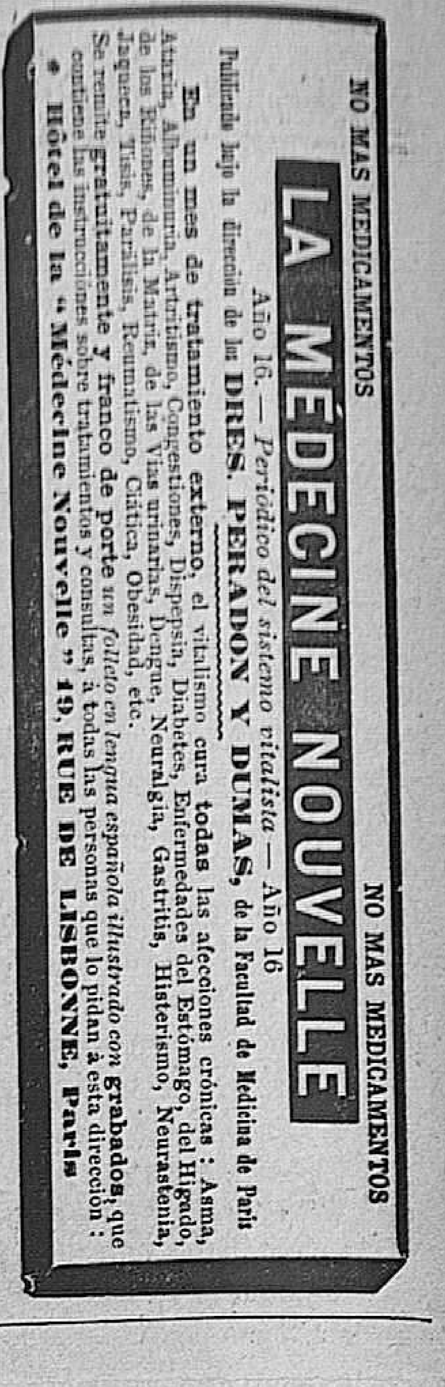
Fr. Luis de León.



Sin duda alguna el mejor de todos los medios conocidos para el aseo de la boca y de los dientes.

Precio: Ptas. 3'50 el frasco en todas las Farmacias, Perfumerías y Droguerías. Un solo frasco basta para el uso diario por espacio de algunos meses.

Únicos importadores: Muller Hermanos, Barcelona



ESTÓMAGO

SE OBTIENE SU CURACIÓN CON EL USO DEL

ANTI-GASTRÁLGICO MAESTRE

Ingeniosa y maravillosa combinación de productos vegetales y minerales, para la completa curación de las indisposiciones del ESTÓMAGO É INTESTINOS en sus diferentes manifestaciones. No ha habido enfermo que haya hecho uso de él que no sea un entusiasta defensor y propagador de tan maravilloso remedio. A la primera dosis, el enfermo duerme, come y digiere perfectamente.

A los enfermos desahuciados y á todos aquellos que hayan malgastado un capital en toda esa *cáfila* de panaceas que á diario se pregonan y sorprenden la fe de los incautos, se les remitirá gratis y previo aviso, una dosis para que vean la verdad confirmada.

Diríjanse á su autor, Farmacia de los Espejos: Yecla (Murcia).

Se remite por correo certificado, previo envío de cinco pesetas caja de 18 dosis. Precio de la caja en toda España, 4 pesetas.

Representantes: en ALCOY, D. E. Mengual, Mayor 8, Farmacia.—ALICANTE, Dr. Soler, Plaza de San Cristóbal, Farmacia.

MARTÍNEZ

MÉDICO DENTISTA

POLAVIEJA, 11 Y 13, PRINCIPAL

ABONOS

PARA CEREALES (GARANTIZADOS)

Ricardo Rigal, San Nicolás 49, Alcoy

Clases especiales para viñas, olivos, hortalizas, naranjos, patatas, arroz, etc.

NODRIZA

Agustina Ivorra de 29 años, con leche de cuarenta días, domiciliada en la calle de San Mateo 35, piso tercero, desea encontrar criatura para su casa.

GABINETE DENTAL DE LA

Srta. Doña Edelmira Agulló

Operadora y artífice.—Dentista de la facultad de medicina de Madrid.—Especialista en dentaduras artificiales por los últimos adelantos de la ciencia

Ofrece al público sus servicios en casa de su padre el acreditadísimo dentista D. Francisco Agulló, en donde tiene montado su gabinete con todos los instrumentos y aparatos más modernos que hasta el día se conocen.

POLAVIEJA, 4, PRINCIPAL.-ALCOY